

ROGER D. BASSAGODA

De la Enseñanza Secundaria

LA POESIA AMATORIA DE
DON JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

MONTEVIDEO

Imp. LIGU - Cerrito 740

==== 1 9 5 2 ====

ROGER D. BASSAGODA

De la Enseñanza Secundaria

LA POESIA AMATORIA DE
DON JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

MONTEVIDEO

Imp. LIGU - Cerrito 740

==== 1952 ====

LA POESIA AMATORIA DE DON JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

Dentro de la varia y extensa obra del doctor don Juan Zorrilla de San Martín, valiosa por sus páginas consagradas a diversos ensayos, sus trabajos de historia, sus piezas oratorias, sus crónicas, sus críticas, sus artículos sobre los múltiples tópicos que actúa la política y frecuentemente lleva a arduas polémicas, se destacan con soberana grandeza, asombrando a todas y como enriqueciéndolas con sus áureas fulgencias, aquellas hojas dedicadas a la poesía. Y dentro de sus producciones poéticas tan alta fama y merecido renombre ha alcanzado en la literatura universal el *Tabaré* y en la literatura española *La Leyenda Patria*, que ocultan o ponen en olvido las composiciones menores del poeta, las juveniles *Notas de un Himno*, las contadas que publicó en sus años de plenitud intelectual, las no pocas que desdeñó el autor y no le dolió relegarlas al olvido, dejándolas sepultas en el cuerpo de viejas publicaciones, y aun otras al soplo cálido de la inspiración nacidas y con dedicación de orífice labradas por la mano que nunca decidió lanzarlas a los vientos de la publicidad en hojas volanderas.

La colección de las obras de don Juan Zorrilla editada como homenaje al poeta por el Banco de la República O. del Uruguay, dirigida y corregida por el autor, recoge la flor de su cosecha, pero no alcanza a dar una idea completa de todas sus actividades literarias, que allí ni se mentan ni se ofrecen muestras de los escritos periodísticos que tantas horas le ocuparon en los mejores años de su vida, páginas donde estampó su ingenio peregrino pruebas cumplidas del vigor de su pensamiento, de la firmeza de sus convicciones, de lo acendrado de su patriotismo, de la solidez de su cultura, de la mesura y prudencia de su palabra, que en la ocasión supo ser fuerte y enérgica, de aquel regalo de su expresión espontánea y fácil que siempre denuncia ser engendro de una mente poética, jugosa en su abundancia rayana en riqueza, y de señoril elegancia aun cuando nerviosa se mueva como la mano que los trazos imprimía. Quedaron de lado sus artículos sobre educación y sobre temas religiosos y patrióticos, que con ellos pudieran formarse varios volúmenes; ni una muestra se ofrece de las páginas de crítica en que el poeta comen-

tó las principales manifestaciones que por aquellos sus años diversas artes alcanzaban; apenas una aparece de las versiones que de distintas lenguas hizo a la nuestra; ninguna de las paginitas, breves poemas en prosa donde don Juan, como fatigado para someterse a las exigencias del verso, en forma más fácil que la rítmica pero no desdeñable, solió dar suelta a las ideas poéticas que hasta el fin de sus días bulleran en su alma; nada se recoge de los escritos y sentencias de cuando honró a la magistratura; nada de su correspondencia —excepto las cartas redactadas a modo de diario de viajero que componen *Resonancias del Camino*—, no de aquellas líneas en que se transvenaron sentimientos íntimos que por legítimo pudor él no podía comunicar al mundo, sino las de otras causas nacidas y que hasta aparecieron en las columnas de la prensa.

De su breve obra poética, fuera de las dos producciones magistrales, recogió el autor en su colección definitiva solamente once composiciones posteriores a *Notas de un Himno*, y no todas pero sí casi la totalidad de las que entraron en la primera edición de esta obra juvenil.

Entre indecisiones y tanteos fluctuaba la pluma inexperta del principiante que en cada lucubración buscaba un nuevo dechado para sostén de su inspiración insegura, cuando en la *Estrella de Chile*, la revista estudiantil que con su consejo e influencia ayudaban a mantener los hombres del instituto donde nuestro poeta vivía en sus años de estudio, un literato joven, don Enrique del Solar, dió a conocer a sus camaradas en letras las maravillosas músicas sentimentales de un nuevo numen, las *Rimas* de Bécquer. Zorrilla, sugestionado al comienzo por la novedad y ternura del simple cantor andaluz, fué de inmediato un becqueriano bastante fiel al modelo, pero pronto halló expresiones propias en el nuevo uso literario y logró superar en espiritualidad al maestro.

El conocimiento de las *Rimas* coincide en Zorrilla de San Martín con la agudización del malestar que le causaban las inquietudes amorosas durante una larga ausencia. Y si bien sus eróticas, un amigo de su juventud, don Rafael B. Gamucio, las consideró inspiradas por «el amor ideal de un ángel terreno soñado o adivinado por el corazón del poeta», Lauxar en la parte biográfica de su estudio sobre la personalidad y la obra de nuestro escritor, que compuso con datos que él mismo le comunicara, dice que «a su partida había dejado en Montevideo una novia, la que once años más tarde sería su primera esposa». Fué doña Elvira Blanco la inspiradora de la veintena de poesías amatorias que en su larga vida compuso el poeta.

¿Qué valor tienen esos cantos? También Lauxar, con la concisión y certeza peculiares a sus juicios, los ha calificado como «vacilantes ensayos de una inspiración más resuelta que segura», «versos que en vez de estar hechos con palabras, quisieran ser lágrimas y suspiros... una poesía de soledad y de silencio, misteriosa y vaga,

escrita para las *almas tristes y las almas solas*». Puede asegurarse que la concepción es siempre digna; la forma peca de endeble. Nos atrevemos a una afirmación general: aun en las mejores se encuentran lunares que las deslucen y además falta equilibrio entre fondo y forma, pero con todo ¡qué numen soberano se muestra en aquellas páginas iniciales!

En esto de decir composiciones amatorias o eróticas de don Juan Zorrilla de San Martín, ¿no hay algo como de singular, que puede hasta parecernos un error? Hechos estamos a considerarlo el cantor del terruño, en su llorar el destino de los aborígenes que lo defendieron y cayeron fatalmente «sin dar un paso hacia atrás» y al celebrar la empresa temeraria de quienes nos dieron patria y libertad. Pero el autor de *Tabaré* y *La Leyenda Patria* por sus juveniles *Notas de un Himno*, por ellas solas, tendría un destacado lugar en nuestro parnaso como con toda justicia se lo otorgó don Alejandro Magariños Cervantes en su *Album de Poesías Uruguayas*, compilación hecha con anterioridad a las obras maestras que en primer término recordamos. Allí aparece ya el cantor de los charrúas y de la patria, allí junto a estos temas se muestran conclusiones filosóficas, lamentaciones elegíacas, interpretaciones becquerianas del paisaje, amabilidades mundanas, expansiones religiosas que en nuestra tierra otro cantor no han tenido de un numen como el *cristianísimo* del católico Zorrilla de San Martín. La lira del poeta poseía todas las cuerdas, y todas bien templadas. Y tras esta afirmación que de la lectura de aquellos ensayos surge clara, se levanta obscura y sigilosa como llamada duda, una pregunta hasta hoy sin respuesta: ¿por qué en temprana edad dejó el cultivo asiduo del verso? Las composiciones que publicó después de *Tabaré*, allá de tarde en tarde, demuestran que en su imaginativa vívida alentaba la fuerza creadora de producciones poéticas. Aun en su vigorosa vejez dió muestras de que su inspiración no declinaba, y en su *Himno de los Exploradores Orientales* dejó la prueba de su destreza en el manejo de metros cultivados por el modernismo, y aunque nuevos, en su pluma sonaron como los antiguos. Las amatorias nos auxiliarán para hacer un algo de luz en el misterio de los largos silencios de su musa que parece anduvo extraviada en una larga noche de olvido.

*

* *

Desde los 18 hasta los 22 años de su edad fué cuando el joven Juan Zorrilla de San Martín compuso ese rimero de poesías de amor, y puede conjeturarse que sólo una media docena de ellas son anteriores al tiempo en que le sedujeron las *Rimas*. Los dos primeros años de ausencia, ocupada la atención por sus obligaciones de estudiante, su anhelo inteligente de acrecentar los conocimientos literarios y el regusto de intervenir activamente en la redacción de *La*

Estrella de Chile, los pasó como en un sueño. Rítmicos mensajes de su lira *Allá van*, y comunican a la novia lejana las protestas de cariño del poeta, que antes de partir acaso había dicho a su enamorada cual era el espejo donde él veía reflejadas las ansias de amor. Sabe ella, además, porque lo ha manifestado su poeta en una silva, con palabras balbucientes, entre exaltaciones, sentencias de corte quintanesco y acoplamiento de imágenes según el gusto que culminara en Bécquer, qué concepción tiene él de su enamorada:

Una mujer, aroma de la vida,
Ser ideal que cual mis sueños amo;

Le ha significado cómo siente el amor:

Yo busco en el amor lo que las aves
Buscan en los rumores;
Lo que busca la niebla en la montaña;
Lo que buscan las auras en las flores
Al despertar en ellas los aromas;
Lo que el sol de mi patria,
Al bajar soñoliento entre las lomas;
Y, en luminosas huellas,
Al cambiarse palabras las estrellas.

Sabe ella cuáles angustias en el pecho de su amado despierta la ausencia:

Yo he escuchado en silencio
El roce espiritual de dos suspiros;
Lo que dice y enseña a la conciencia
El aliento tranquilo de la ausencia.

Y si no alcanza a discurrir qué profundo misterio encierra la compañera ideal que le oye entonar en medio a sus luchas un himno de gloria, sabe cuál destino tiene que cumplir junto a ella en la vida terrena:

Hoguera en donde enciendo mi entusiasmo,
Cielo donde se pintan mis visiones,
Región en donde cantan mis pasiones
El himno de la gloria...
Mujer, mujer, no entiendo esa palabra,
Pero el tiempo ha grabado en mi memoria
Que creer soñar y amar es nuestra historia.

Con tales ideas, con tan bravo amor y vacilante entre los autores que se le ofrecen por dechados, llega a la veintena de años, y entregado de lleno, por último, al influjo del bardo andaluz, enfermo hués-

ped de germanas nieblas, influjo que no llega a vencer o aminorar su profunda confianza sostenida por la fe, aunque a veces vaguen sombras por las misteriosas y claras regiones de su alma, quiere acordar su arpa con la del fascinador dechado, y se inicia la serie de sus bequerianas, y envía a la novia, bosquejado en cuatro rasgos su *autorretrato*:

¿Sabes qué son veinte años, alma mía,
Que han pasado por mí?
Veinte años es un ser con la cabeza
Llena de planes, gloria, frenesí;
Llena el alma de fuego, de alegría,
Y una que otra tristeza juvenil;
Lleno el casco de *Patria*, de esperanzas,
Y todo el corazón... lleno de ti.

Veinte años VI.

Posiblemente respondía el poeta a una finura de su enamorada; él trazaba su propia imagen tal cual era o tal como quería que fuese, para retribuir una gentileza de la niña que le había hecho presente de su retrato, aquel al que en medio a su soledad y sus inquietudes el amartelado cantor se volvía buscando una amable compañía en sus recuerdos y un nepente para aquietar los torvos pensamientos que le robaban el sosiego, y aquella estampa le inspira una estrofa bermudina:

¡Qué bella estás así! ¡Siempre la misma!
¡Siempre en tu labio, juguetona y leve,
Esa sonrisa que a besar se atreve
 Tu boca angelical!
Quisiera que a tu imagen adorada
Prestaras tu animada gallardía;
Mas que ella te prestara, vida mía,
Eso que la hace no mudar jamás.

Su retrato. XX.

Estrofa cuyos últimos versos, al referir el deseo de que la belleza amada no sufra las vejaciones del tiempo y los ultrajes de la vejez, parecen llevar medio ocultas ciertas sospechas de amante que si no dice que tema mudanzas, manifiesta anhelar en el amor que se le promete la fijeza que la imagen tiene. En sus cavilaciones ante ella, cuando distraído contempla aquella otra que lleva impresa en el alma, tan pronto el recuerdo lo inunda con el halago de secreta dulzura, tan pronto las añoranzas con agradable amargor. Busca una

explicación a sus estados anímicos, cree encontrarla, como buen enamorado, parte en él, parte en su novia, y surge de su mente una de las poesías que más por la forma se acerca a las de su admirado modelo:

A veces, siento lastimar mi pecho
Un misterioso afán;
A veces un placer desconocido
Llena mi alma de dulzura y paz.

Cuando siento el placer, me hallo pensando
En ti mi vida, en ti;
Cuando siento el dolor... no pienso en nada.
.....
¿Será que piensas, por acaso, en mí?

Será verdad. XXII.

La melancolía estaba adormecida en el fondo del alma del poeta, y si no fué suficiente a recordarla la lectura de las *Rimas*, la soledad, el hogar lejano, los amigos olvidadizos, la amada a veces algo distraída en medio a su constante espera, iban levantando nubes de tristeza en aquella clara mañana de la vida, y al dolor de la orfandad pronto se aunó el dolor de la ausencia, y engañosos cúmulos asombraron el cielo de sus cantos. En octavas de arte mayor similares a las de tantos arrendajos de Bermúdez de Castro, al contemplar los restos de las flores que antes de partir recibiera, surgen recuerdos que humedecen las lágrimas.

Tomo tus flores secas; pienso y lloro
Al reclinar en ellas mi cabeza,
¿Por qué siento una almohada de pureza,
De frescura, de aroma, de ilusión?
Es que el recuerdo y el tranquilo llanto,
Vestales que custodian los amores,
Dan vida y dan perfumes a las flores
Que la nieve del tiempo marchitó.

Vestales. XV

La nostalgia lentamente contrista su alma y de las nostalgias amantes pasa a escépticas conclusiones sobre la verdad de la vida:

Déjame recordar: y, en ese limbo
En que agitan sus alas los amores,
Y suspiran insólitos rumores,
Que el alma sabe traducir no más,

Las palmas donde duermen los recuerdos
Abaniquen mi frente soporosa,
Que al beso de su brisa mentirosa
En un sueño de amor se dormirá.

¡Qué dulce realidad la del recuerdo,
Vaga ilusión que a otra ilusión imita!
No entiendo al corazón cuando palpita,
Mecido por su aliento celestial.
¡Y me habla tanto en su lenguaje mudo!
¿Cuándo lo entenderé?... Cuando la vida,
En mundo de recuerdos convertida,
De mentiras engendre una verdad.

Imposible. XXIII.

Pero este *Imposible* antes se tituló *Voz del alma* (1). ¿Celos, recelos, duda? No, es una lucha con alguien que quiere arrancar aquel vigoroso amor lozano; lo dijo el poeta al publicar su segunda amatoria, que es un romance, relato a modo de fábula que con buen juicio no incluyó más tarde en su libro inicial. Se titula *El trocito de madera*, y nos refiere que lo ve llegar flotando a reposar en la arena mientras un cardumen procura sumergirlo, sepultarlo entre rocas, y el poeta compara y dice:

Yo quiero cantar amores,
Cantar trovitas amenas,
Recordar la niña mía,
Y creer que ella me recuerda,
La niña que amé muy niño,
Con la que mi mente sueña,
La causa de mis delicias,

La que me da tantas penas.
Mi mente busca ilusiones
Y vive tan sólo de ellas,
Como el trocito en su busca
Entre recuerdos navega.
¿Por qué a las piedras llevarla
Si ella busca sólo arenas?

El trocito de madera.

Pero si en algunas horas por el desaliento se deja llevar a tristes reflexiones, cuando se recrea en los recuerdos amantes se aviva y sonríe en sus estrofas un lánguido optimismo; pasa fácilmente de un estado a otro. El le había dicho a su niña constante que en los ojos le leía el rastro que en el alma le dejaban los amantes pensamientos; le causan una extraña sugestión los ojos de ella, que aparece en cantantes versos de feliz inspiración:

(1) Con este título apareció en *La Estrella de Chile*.

Si me asomo a tus ojos brillantes,
Tan verdes, tan verdes,
En el campo una estrella caída
Mirar me parece.

¡Ah! si son habitados los astros,
Y en ellos se duerme,
¡Quién pudiera habitar esa estrella
Por siempre, por siempre!

Tus ojos. XXI.

Y al recordarlos en su retiro de estudiante asoma a su mente el espectáculo de una aurora plena de luz, alegría, optimismo:

La noche estaba oscura, muy oscura...
Me dijeron después que era la vida.
Un río vi ante mí, y, en la otra margen,
Algo como el fulgor de dos pupilas;
Y sentí de lejanos labradores
La confusa y alegre algarabía,
Y los cantos que, al ir a sus faenas,
Cantan, al hombro las pesadas picas.

Los cantos revelaban una aurora,
La aurora de la dicha.
¿Las pupilas aquellas eran tuyas?
¡Entonces esa aurora era la mía!

Cantos y pupilas. XVI.

Seguro está de aquel cariño porque recuerda no sólo su mirada, no sólo aquellos misterios del alma que se espejan en el fondo de las pupilas, sino también porque ha visto la más honda expresión de ternura en las lágrimas que solieron inundarlos. Son del amor lánguidas recreaciones las que suelen dar una dicha llena de lágrimas, y al verlas el poeta tembló gozoso, y tuvieron sus rimas aquellas que en el abreviado cielo de los ojos queridos cabrilearon como temblorosos diamantes:

El cielo transparente de tus ojos
El llanto detenido encapotaba...
¡Qué amables se estremecen las estrellas
Sobre el cristal de un lago reflejadas!

Ya no me engañarás, porque ya he visto,
Temblando recatado en tus pestañas,

El precioso caudal de tu ternura,
Condensado, al brotar, en una lágrima.

¡Y no sentías! XXIV.

Pero aquel amanecer pronto pasa; en vez de un día radiante sigue la calma de una mañana cubierta, y en medio a la naturaleza serena, bajo el cielo gris azulado, en voz baja el cantor dice sus secretas inquietudes. El que luego ha de ser en los poetas de fines de siglo del romanticismo tema gastado, bueno para la pluma de vacuos versificadores, el *tú* y *yo*, Zorrilla lo toma, se aparta de las imágenes corrientes, se sirve de comparaciones que reflejan el ser de ambos enamorados, con novedad lo trata para llevarlo a lo más sutil o vago, a algo invisible, a algo tan profundamente ligado a la vida que su mismo hálito percibimos en el fondo de las comparaciones.

Perfume de una flor que, al desprenderse,
Ni una hoja de sus pétalos lastima;
Tibio efluvio de luna de verano
Que en el disco plateado se destila;
Calor de una mirada de ternura
Que atraviesa inocente unas pupilas;
Roce de una alma que, buscando otra alma,
En sí misma sin ruido se desliza:
Eso es tu aliento
Cuando suspiras.

Lágrima que, oscilando sobre el alma,
Se evapora al calor del dolor mío;
Rumor de oleaje que, en desierta orilla,
Rueda mugiendo entre escarpados riscos;
Ave que huye, y, al volar llorando,
Quiebra la rama en que dejó a sus hijos;
Nota que, al desprenderse de una cuerda,
Deja al pobre laúd, temblando, herido:
Eso, tan triste,
Son mis suspiros.

Tú y yo. III.

Con el manido recurso de los símiles concibe esta rima, pieza recogida en antologías, una de las más divulgadas del autor.

Así también, como con un estremecimiento de dicha velado por cierta emoción que pone un tono dolorido en las palabras, vibra la más extensa y una de las atrayentes de cuantas eróticas Zorrilla de

San Martín compuso. En el mundo ideal de su amor se concentra y palpita toda la poesía; el sentimiento expláyase poderoso, y vive, piensa, canta, por gracia de tal pasión. La ternura del poeta no sólo pone un estremecimiento de lágrimas en la voz, también envuelve la visión de su mundo en un albor opalino; la pureza de aquel sentir baña a la bien amada en una luminosidad tan cándida como su inocencia, e inspirado el cantor baja a lo más recóndito de su propia alma, donde anida su fe religiosa, para allí encontrar un término con que nombrarla, de los que ya por otros fueron de tales reconditeces desprendidos y aplicados a la casuística amatoria, pero que en sus labios de profundo creyente la clara luz conserva de su prístino origen y en amplias vibraciones se remonta hasta penetrar las lindes de lo inefable. Ella es para él toda la poesía; su ternura la nombra *ángel mío*;

Sentado yo a tus pies, con la cabeza
Inmóvil apoyada en tus rodillas,
Y bebiendo de tu alma la inocencia,
Asomada en la luz de una sonrisa;

Sentir un cielo de ternura inmensa
Brotar, iluminando tus pupilas,
Y, al vibrar tus suspiros en mi alma,
Sentirla de placer desfallecida;

Respirar tu pureza en tu mirada,
Hasta a mi mismo amor tener envidia,
Ángel mío, en mis sueños de poeta,
Así yo concebí la poesía.

*
* *

El roce de dos almas al unirse
En el silencio del amor dormidas
Dejar, abandonado a sus encantos,
Resbalar melodías por mi lira;

Oír a esas dos almas que se nombran
En íntimo lenguaje de armonías,
Y al fin reconocer el alma tuya
Palpitando en la mía refundida;

Oyendo dos latidos de ternura,
Bebiendo toda su cadencia rítmica...
Ángel mío, en mis sueños de poeta,
Así yo sé cantar la poesía.



Fundir en un suspiro de los tuyos,
Llena de amor, una existencia mía,
Y hacerla resbalar sobre ilusiones
Al empuje ideal de tus caricias;

Velar tu sueño en las calladas horas,
Y, a los amores que en tu frente giran,
Decirles que te digan al oído
Muy quedito dulcísimas mentiras;

Eso te ofrece un alma de poeta
Que, llamándote siempre desvalida,
Te nombra en los suspiros de las auras
Por beber, en tu amor, la poesía.

Focos. XI.

¿Cómo el poeta percibió en el alma de la amada claridades angélicas? En una composición donde se muestra en ciernes la que ha de ser su modalidad definitiva, la de *Tabaré*, nos refiere de qué manera el misterioso mundo del espíritu asomaba al semblante, a la mirada (siempre los ojos) de su novia. La contempló callado, en silencio penetró en aquel breve asilo misterioso, y allí le sorprendió lo que encuentra todo hombre que por las sendas del amor llega hasta el alma de una mujer, alma que ha de ser suya porque los ha hermanado con secretas afinidades un designio supremo que su unión estrechara con misterioso lazo como en el ensueño platónico:

Como un germen de luz entre un abismo
A intervalos brillaba en sus pupilas;
Y jugaba un suspiro entre sus labios,
O un íntimo dolor, o una sonrisa.

Miraba cara a cara algún misterio;
Las leyendas del cielo acaso oía;
Y, vagando tras seres intangibles,
Era notas y luz su sombra misma.

Me acerqué. Como avaro su tesoro,
Cual sus hojas la oscura sensitiva,
Guardó su inspiración dentro del alma
Y el ángel fué mujer, ser de esta vida.

.....

¿Queréis sublime a la mujer amada?
Alejad este mundo de su vista;
No busquéis la mujer, buscad el ángel,
Que las almas no ven pero adivinan.

Buscad el ángel... X.

Hay un momento, deslumbrante por su inspiración, en que se eleva y siente confundidas su alma pasión por la niña con aquella luz del ánimo que es el amor divino, y dentro de la forma becqueriana, pero con una originalidad y altura que nunca alcanzó el modelo (tan adherido a sus desventuras humanas), concibe una breve y hermosa rima, de las más hermosas de aquella musa que tan fácilmente las alumbraba de tal condición favorecidas;

Reza, niña, al Señor; la madrugada,
Reza perfumes e inocentes trinos;
Y al dormirse la tarde entre la niebla
Reza gemidos.

Reza, niña, al Señor; yo también rezo.
Ambos somos cristianos desde niños;
¡Cuánto gozo al pensar que en Dios se encuentran
Mi fe y tu fe, tu corazón y el mío.

Reza. XXVIII.

Pero también aquel amor que nunca aparece vestido con los tintes violentos de la pasión, pues la dulzura y serenidad de ánimo del enamorado y no la contención sino la falta de todo arrebató o violencia nos lo muestran como un sentimiento al que acaso porque faltó intensidad pasajera fué profundo y se prolongó tanto como durar pueden los bienes humanos, tuvo sus transitorias caídas. Hubo una hora en que el poeta creyó sentir que aquella lumbre que había dejado encendida, falta de su aliento que la animara, tristemente languidecía, y no encontrando, presa de la ansiedad, palabras que tradujesen su sentir, imploró cariño por caridad:

¿Te acuerdas? Te encontré por el camino;
Niño lloré de amor, ¡ya te quería!
Y ahora, sin ti, con sólo mi destino,
¡Quién me diera llorar como ese día!

Yo te adoré; mis sueños comprendiste;
Tú... eras mujer... No exijo tu cariño,
Mas, ¡ten piedad de la inocencia triste!
¡No despedaces mi ilusión de niño!

¿Te acuerdas? XXXVI.

Pero ¿eran sus inquietudes de angustiado por anhelos insatisfechos que trasoñaban olvidos e ingraticudes? Posiblemente, y allá voló otra rima a restañar la herida abierta por el recelo:

Yo no pensaba que tú sufrías,
Que en tu adorado pecho inocente
Van a esconderse las penas mías;
Si es que sufrías,
No sufras más.

Yo que, en mis penas, sollozo tanto,
Lágrimas tuyas ambicionaba;
Ya sé que lloras, cese tu llanto;
No quiero tanto...
No llores más.

Yo que te digo: por mí no llores;
Yo que no puedo verte sufriendo,
Quiero que siempre, siempre me adores;
Pero no llores...
No llores más.

No llores más. XXX.

Nada sabemos de los resquemores que causaron en el alma de Zorrilla el dolor que lo movió a escribir esa poesía, pero hay un detalle que nos lleva a suponer que hubo incidencias que profundas huellas dejaron en el alma del joven enamorado, tan profundas que cuando el autor, ya anciano, reunió sus obras completas, fué el amargo sabor de aquel disgusto que aun palpitar en él sentía, la causa que lo movió a sacrificar tan tierna y agraciada composición que suprimió del cuerpo de sus obras. Toda su existencia está en aquel amor; al serenarse su espíritu recobra alientos, y la duda, el terrible tema romántico traído a la poesía castellana por los hombres del siglo XVIII, tratado por varios y puesto de moda, al sublimarlo con su verbo sonoro Núñez de Arce, momentáneamente también atrae a nuestro poeta; pero no la duda filosófica y fría del autor de *Gritos del Combate*, sino una surgida del vano presentimiento de la extinción de un afecto tan hondo que al amagar con desaparecer pretendía sofocar también aquella pura llama de la fe recibida como sacra reliquia al cobrar la luz de la razón, esa duda que es engendro de exceso de amor, que se aconseja de la soledad, el silencio y la noche, y cree ver sólo sombras porque nada claro perciben los ojos que nubla el llanto; esa duda pasa su mano sombría por la frente del poeta para llenarlo de desesperación, pero la fe, que es toda

amor, le acorre salvadora, y brota el canto lleno de vacilaciones y de añoranzas donde las palabras son, como Bécquer quería, notas, suspiros y lágrimas:

¡Dios mío, qué sería de mi alma,
En mi triste destierro,
Si no pensara en ti, dulce angel mío,
Si no fueran mi amor y mis recuerdos!

Si tu alma se acercara al alma mía,
Si tocaras mi pecho...
Oh, déjame al calor de mis memorias;
No lo toques aún, le tendrás miedo.

Olvidó las lecciones que aprendía
A la luz de tus ojos, otro tiempo;
Ya no sabe latir, no sabe nada;
No lo conocerás: casi es de hielo.

Hielo en el corazón, y si no fuera
Por el Dios en quien creo,
Temblaría al pensar que tanto frío
Helara en mí la fe de mis abuelos.

.....

¡Hasta la vuelta! me dijiste un día.
¿Conoces de una vuelta los misterios?
¿Sabes lo qué es un alma sin otra alma?
¿Sabes lo qué es la luz sin su reflejo?

Pero tú acorres mis insomnios tristes;
Siento tu pensamiento
Que bate el ala perfumada y tibia
Del desamor sobre el abismo negro.

Siento que las cenizas de mi alma
Palpitan a su aliento,
Y aun espero en un cielo de ternura,
Aun en la fe de las memorias creo.

Piensa en mí, por piedad, amiga mía,
Que, en mi triste destierro,
Sólo laten los hielos de mi alma
Al calor de mi amor y tus recuerdos.

Piensa en mí. XXIX.

El lenguaje del poeta trasparente el proceso emocional del escritor. Su sencillez y claridad, vestidas de nobleza, van desarrollando el tema armónicamente hasta la mitad de la poesía, pero allí de súbito se trastornan serenidad y equilibrio, la evocación de un suceso, la despedida, despierta dudas que estallan en atropelladas interrogaciones, y aunque quiere tranquilizarse, el desasosiego íntimo asoma en apretados simbolismos de expresión que rompen con las formas convenientes a la poética de aquel tiempo, sobrepasan la manera de comparar acreditada por Bécquer, y la expresión ceñida, desordenada, manifiesta la intensa inquietud. Para el autor es el pensamiento un ser alado —ángel, deidad, ave, insecto—, pero en sus versos no consta la mención de tal ser, y al adjetivo *tibio*, apropiado a la pluma, antecede el de *perfumado*, que a tal sujeto no conviene en la realidad, y solamente lograremos adecuarlo mediante un esfuerzo imaginativo, estableciendo un símil entre plumas y flores o suponiendo que se trata de acercar tal pensamiento a un ser divino que por su excelso origen de su cuerpo trasciende aromas. Un proceso mental del mismo juez, por la referencia a cosas no nombradas aunque sugeridas se encuentra en la estrofa donde manifiesta sentir *palpitar las cenizas del alma* y en la inmediata donde *el amor y los recuerdos le hacen palpitar los hielos del alma*. La angustia rompe la lógica y sus estallidos producen un anticipo de lo que será el simbolismo.

Los negros vientos pasaron; las lumbres del alma no se extinguieron, sacudidas por los soplos que amenazaban con apagarlas, combatidas que parecían próximas a ser sofocadas por las sombras, y de nuevo se esfuerzan, aunque rendidas y maltrechas, y vuelven a levantarse con pena, como temerosas de erguir sus fúlgidos airones, que no quieren renovar las luchas pasadas. Ya no hay dudas; otro es el sufrir. Un sufrimiento romántico, ansia y pasión de todos los torturados por la imaginativa en medio a sus ofuscamientos de enamorados, adelgaza las fuerzas del poeta que languidece en brazos de la fatiga, del desaliento, y la música de un templo, que llega hasta su retiro en la paz *tardecina*, vuelve a su memoria la imagen de aquellos ojos amantes que a la continua embelesan su mente; cae en un dulce arrobamiento evocativo del que sólo quisiera salir al amparo de sus miradas para desfallecer en el regazo de la muerte:

Era tarde. De un salmo lejano,
Aspiraba el compás religioso;
E impregnado de su alma inocente,
Lo espiraban más puro sus ojos.

Las estrellas reían en ellos
Cual de un lago tranquilo en el fondo;

Y pasaban las nubes tan leves
Como dulce visión de un insomnio.

¡Quién pudiera infiltrarse en silencio,
En un salmo de amor cadencioso;
Absorber el perfume de su alma,
Y morir palpitando en sus ojos!

Era tarde. XL.

Y desmazelado, agonizante, con ansias inefables, falto de paz, porque no puede ver la dicha que le aguarda en su rincón nativo, desde el fondo de sus noches sin sueño, pensando en su Elvira y hablándole como a aquella Elvira de su poema hablara Lamartine (parecería que en ello asomase una triste predestinación), diciéndole que es *dichosa la beldad que ama el poeta*, le pide un refugio en su pecho, y le ofrece la vida de sus cantos, pues no espera la alegría de una bendición que los una sino la calma del sepulcro y la perduración de sus amores en el mundo del recuerdo;

Heureuse la beauté que le poète adore!
Lamartine.

Dame asilo de un día solamente
Dentro tu corazón,
Para esperar la muerte, que se acerca,
Y viene de mí en pos.

Cansados de llorar están mis ojos;
Solo en el mundo estoy;
Te dejaré la herencia de mis lágrimas...
Vivirán más que yo!

En ellas lego al mundo mi fortuna,
Mi adorado dolor;
Ellas darán altares a mi sombra,
Y a mi recuerdo amor.

Aunque el polvo me cubre del camino
Y lastimado estoy,
Del naufragio implacable de mi dicha
Mi lira se salvó.

En el hogar tranquilo de tu alma
Dame paz y calor;
Yo cantaré tu nombre... Eternamente
Viviremos los dos.

Abreme, estoy cansado. Ya la muerte
Se acerca de mí en pos;
Dame asilo de un día solamente
Dentro tu corazón.

Ultimo insomnio. L.

Con este treno se cierra la serie de composiciones amatorias que a la novia lejana dirigiera Zorrilla de San Martín. Lo ahogaban aquellos empinados montes que circuyen la ciudad de Santiago. Lo expresó en *Pensando en la patria*, poesía que un lustro mantuvo inédita (no la recogió en sus obras), y está fechada el 24 de diciembre de 1877, en las horas de la triste *nochebuena* de un olvidado de cuantos ama;

¡Cuántas montañas! Ni un recuerdo amigo,
Ni un latido de dicha ni de amor,
Entre esas rocas han hallado abrigo;
Sólo guardan mis horas de dolor.

Si lágrimas robaron a mis ojos,
Fueron sangre de mi alma lastimada,
Lluvia de hiel que baña los despojos
De mi esperanza en su niñez ahogada.

El eco de mi dicha que se aleja,
Vaga del monte en la desierta falda,
Como un débil gemido en que se queja
Una virgen que llora a nuestra espalda. (1)

Se pierden en sus brumas los reflejos
De la ilusión del alma acariciada,
Como absorben las olas a lo lejos
Para siempre una playa idolatrada.

¡Cómo he de amar sus rocas siempre frías,
Siempre embozadas en eterno hielo,
Si en ellas mueren las memorias mías,
Si hasta un trozo me roban de mi cielo?

Dadme mi río, mi imponente río,
Como sus hijos noble en su arrogancia.
Llano, extensión, inmensidad, ¡Dios mío!
Armónica leyenda de mi infancia.

(1) En este verso está en ciernes toda una escena de Tabaré.

Dadme pampas, inmensos horizontes,
Donde tender las alas de mi ardor;
Me ahogan estos valles, estos montes
Sólo guardan mis horas de dolor.

Dadme Pampas.

Aquel medio lo sofoca, delira al pensar en los campos nativos y canta anhelante de sus arroyos y llanadas.

Lo oprimían las añoranzas, los recelos. Pero retorna a la patria, aquel tierno cariño no había declinado, aquella niña fué su esposa, y para ella acompañó con su arpa romántica un nuevo canto de amor. Se titula *Me siento a descansar*, está fechado a los dos días de celebrar sus nupcias los enamorados, y hemos tenido la ventura de encontrarlo en una vieja publicación. Nota extraña por su tema, no digamos en la poesía uruguaya, dentro de la lírica española, en ella el cantor entona un himno celebrando con tierno y emocionado acento las dichas que le depara su novia de ayer, su compañera desde hace unas horas, mientras paladea en el propio hogar las mieles de aquel cariño, el mismo de antes —claridad del alma y no ardor de la carne—, tan regalado y puro como antes, fortalecido porque las promesas se han trocado en realidad, y el dulce manjar que fué sustento de ilusiones, convertido en sustento espiritual presta energías para las cotidianas bregas:

En la cumbre más alta de la dicha,
Me siento a descansar de mi jornada,
Como, en la arena sobre el rojo escudo,
Se sienta el gladiador tras la batalla.

Me has hecho tan feliz: tanto, Dios mío;
Me has dado tanto amor tras tantas lágrimas,
Que, en el blando vahido de la dicha,
Siento latir desvanecida el alma.

Tu encarnaste el suspiro de algún ángel
Que en la tierra mis horas perfumara;
¡No en balde amaba tanto a las estrellas
Ausente de mi hogar y de mi patria!

Hoy pones en mis brazos la inocencia,
Perla del mar de mi ilusión soñada,
Y ella pone la lira entre mis manos,
Y me dice al oído: Amigo, canta...

Yo el hermoso poema de mi vida
Escucho refundido en sus palabras;
¡Aquel salmo de amores imposibles
Que en mis lentos insomnios vislumbraba!

Su dulce voz resuena en mis oídos
Como el beso de luz de una alborada,
Como el roce de amores que se estrechan,
Como el batir de misteriosas alas.

Y despierta el enjambre adormecido
De las notas del himno de mi alma,
Como un rayo de luna sobre el lago
Despierta los diamantes de las aguas.

Y me siento poeta de la dicha,
Yo, que siempre canté destierro y lágrimas;
Y el aire es más azul, más hondo el cielo,
Más diáfana la luz, más tibia el aura.

Las estrellas que ríen en las nubes
Agitan más sus encendidas alas;
Y el ritmo de celestes barcarolas
En su blando regazo traen las auras.

Yo creo más en Dios, cuando a mi lado
Su tierno ruego a nuestro Dios levanta,
Y siento que, al unirse con la suya,
Se eleva más mi férvida plegaria.

.....

Gracias, Señor; en ella, en su inocencia,
Yo templaré mi convicción cristiana,
Y mi canto alzaré rudo y valiente,
Al pelear en el mundo tus batallas.

Ella, en mis horas de amargura y duelo,
Restañará la sangre de mi alma;
Yo... ceñiré su frente con mis glorias...
Si alguna flor encuentro entre las zarzas.

Me siento a descansar. A mi esposa.

Dichoso sueño de poeta joven y enamorado; percedero como todo lo humano. Las angustias del destierro en hogar emprestado, las lágrimas de melancolía y soledad, alcanzaban condigno galardón al

sentir el cantor en sus brazos a la deidad que inspirara su canto y ahora fortaleciera su fe, y sólo veía un mundo hermoso, como forjado con ilusiones, y abierto a su paso un camino donde no faltaban espinas pero que conducía a la gloria.

Doliente engaño de estos ojos mortales; entre las rosas de aquella aurora se cernían crespones; la derrota no era escombrada, parecía empinarse hacia una cumbre excelsa, y cercano se abría un profundo tajo, y allí velaba el dolor, y allí aguardaba la muerte que inesperadamente robó tanta dicha.

La dulce Elvira, la que enfervorizó el alma del poeta, ya fuese amiga, novia, esposa, le inspiró sus últimos cantos de amor, y, rescoldos de aquella pasión, la sombra de un ser tan amado, tuvo la virtud de encenderle la fantasía y moverle a componer sus posterras amorosas, quejas sin indignación y sin protesta, lamentos que tuvieron el privilegio de trocarse en armonías.

Si Bécquer al contemplar a su amor vió que cielo y tierra le eran propicios, y en su exaltación exclamaba *hoy creo en Dios*, Zorrilla al sentir la dicha presentida vuelta realidad vió que las *estrellas reían en las nubes*, oyó *celestes barcarolas en el éter*, y tan fácil y pura le surgió del pecho la oración a unísono del orar de la inspiradora de sus íntimas melodías, que transportado dijo: *creo más en Dios*. Cuando la muerte le hurta aquella felicidad vuelca en sollozos que son rimas los ayes del alma; entonces se han puesto las *auroras frías y calladas*, *las noches mudas y negras*, y al abrazar amoroso a sus hijos enlutados siente que *estrujaba la noche sobre el pecho*, *la noche eran mis hijos y era yo*. Eran todo el amor a ella y el amor de ella. Son los últimos y fuertes destellos de aquella pasión que iluminan las umbrías del dolor, donde junto a una sombra él ambula perdido; pero esa sombra todavía es ella, es la musa que lo inspira, que enciende su numen, que aun le pone la lira en las manos y sigue llenándole la vida al comienzo de la postrera ausencia.

Escribió el poeta un rimerito de becquerianas que tituló *Libro de luto*.

En el año 1892, cuando Zorrilla de San Martín, a la sazón Ministro del Uruguay en España, residía en Madrid, anunció la aparición de un volumen de poesías líricas. *La Revista Uruguaya*, que dirigió don Benjamín Fernández y Medina, en su primer número anunciaba: «Zorrilla de San Martín prepara un volumen de poesías que encierre las composiciones sueltas escritas después del año 1877, en que aparecieron *Notas de un Himno*. Este nuevo libro contendrá *La Leyenda Patria*, *El sueño de Artigas*, *Maris Stella* (inédita), *Canto al Uruguay*, (inédita), *Noche en las ruinas*, *Libro de luto*, y algunas otras composiciones de diversas fechas». Suponemos y creemos no equivocarnos, que las cuatro composiciones que el poeta incluyó en sus *Obras Completas* como *Hojas de un libro trunco* fue-

ron integrantes del *Libro de Luto*, de las cuales nada más que cuatro incluyó en sus *Obras Completas*. Tres de ellas pertenecen a la silva de poesías que inspirara aquella mujer, y debemos unir las a las amatorias y son las últimas por él escritas. En una nos pinta el mundo que ven sus ojos a través de su indecible pena:

Está vacío el puesto que ocupaba
A mi lado en la mesa;
Y el que ocupaba al lado de mis hijos,
Al hacer su oración cuando se acuestan.

Mis auroras son frías y calladas;
Mis noches mudas, negras...
¡Válgame Dios! ¡Qué largo es el camino!
¡Señor! ¡Qué despoblada está la tierra!

Despoblación.

En otra nos refiere cómo entre las sombras del sueño percibe junto a sí a la fiel compañera, y al recordarse en la realidad de la vigilia la siente que se le aleja, que abandona su compañía, que parte como algo exhalado de su pecho; huye del sitio que llenaba con su presencia y del que en esencia ocupa todavía en su corazón:

Despierto a media noche... Escucho... Miro
¿Quién estaba aquí cerca? Me parece
Que algo como un suspiro.
Allá en la oscuridad se desvanece.

¡Oh! no, no me he engañado...
¿Quién estaba, Señor, sobre mi pecho?
De aquí mismo ha volado,
¡De la mitad vacía de mi lecho!

¡Nadie!

La otra, la postrimera, a nuestro entender, la más celebrada de las composiciones breves de Zorrilla, fué el último acorde de este poema de amor. Al desprevenido sobre la circunstancia que lo inspiró no le parecerá ligado al grupo de versos amatorios; el testimonio del autor —la puso entre las *Hojas de un libro trunco*— nos dice de su desolación inmensa en aquella hora «cuando salen del bosque los pájaros tristes, y del alma las melancolías de alas grandes, como sombras».

Ya perdió a su amada, ya no está la musa; nunca más escribirá rimas de amor, ya ni escribirá más versos. En la dedicatoria de *Tabaré*, fechada el 19 de agosto de 1886, en el octavo aniversario de

sus bodas, le decía tiernamente a su Elvira: «a tí, la inspiradora de aquellos mis primeros cantos de amor que aun me parece escuchar a la distancia, como una serenata que acaba de pasar a mi lado, y cuyos acordes lejanos se desvanecen en una queja llena de melancolía. Viejo, ya, aunque sin canas y quizás sin muchos años, siento llegar hasta mí, fundidas en un solo acorde, las últimas notas de aquellos mis cantos de adolescente, y las primeras risas de nuestros hijos. Hay algo de todo eso en la inspiración que ha dado vida más o menos efímera a este poema; hay por consiguiente mucho que es tuyo; tu espíritu y el mío palpitan identificados en él.»

Palpitan en toda su obra poética. Ella le enfervorizaba de entusiasta dedicación a la literatura en sus años de iniciación; ella lo asistió cariñosa, para que la pluma no cayera de la mano fatigada, cuando compuso *El sueño de Artigas*, *La Leyenda Patria*, el poema *Tabaré*, el ensayo dramático del mismo título, y su olvidada *Ofelia*; no es posible imaginar que bajo otro influjo que el de aquella verdadera musa del poeta, surgieran los versos de *Maris Stella*, el poema anunciado en 1892, antes y después cien veces retocado, cien veces abandonado con desaliento y aun hoy inédito (1). Como al comenzar nuestro trabajo dijimos, Zorrilla conservó fresco hasta su ancianidad el don de la poesía, que lo atestiguan rasgos de sus obras en prosa y una media docena de composiciones, cuatro sonetos, tres letras para canto, la elegía a *La muerte de Zorrilla*.

Aunque en la vida halló un nuevo amor, noble compañera que supo compartir las dichas que como una bendición sobre su hogar cayeron, y también las pruebas de dolor que no faltaron, aunque ese nuevo amor le inspiró páginas llenas de cariño, como se encuentran en *Resonancias del camino*, a ella dirigidas, y en un rimero de cartas que como un latido de ternuras al repasarlas un momento las hemos sentido palpar en nuestras manos, aunque el poema de sus dichas continuó junto a una mujer que para él escribía sus ocultas rimas, le faltó aquel amor de la adolescencia que infundía en su alma el misterioso impulso necesario para remontar el vuelo, quien lo llevara a la atmósfera propicia, donde lo embargaba la divina embriaguez de que nos hablara Platón, que le encendiera el numen, misterioso fuego del alma, con un ósculo que sólo aquel ánimo que con tan breve paso fué peregrina en la tierra, tenía la misión de darle. Su angustia está llena de paz; sentimos que la calma de la oración ha caído como un manto de plomo y ha aplacado los tumultos del mundo; todo está tranquilo; hay luz en su conciencia; pero se halla falto de su más hondo amor para deam-

(1) Así era cuando escribí este trabajo, en el año 1948; después fué impreso en una edición de reducida tirada, de ejemplares numerados y fuera de comercio, que ilustran unas páginas preliminares llenas de curiosos datos, elegantemente redactadas por don Raúl Montero Bustamante.

bular por los mundos de la poesía. En vez de ella junto a él se encuentra una fría y silenciosa compañera. ¿Quién es?

La soledad se sienta al lado mío
De noche, a mediodía, en la alborada.
Yo la miro, y me mira... y le pregunto:
¿De dónde vienes? Habla.

De un desierto, me dice, de un desierto
Tendido en sus arenas abrasadas;
De un bosque cuyos pájaros murieron
En una noche demasiado larga.

De las ruinas de un templo abandonado,
Entre las cuales los recuerdos andan
Como alondras heridas y sin nido,
Que buscan sitio en que morir calladas.

De una llanura que crucé de prisa,
En la noche, después de una batalla;
Vengo hasta aquí desde muy lejos... Vengo
Del fondo de tu alma.

La Soledad.

Allá en la casa donde cordialmente supo dispensarme la honra de afectuosas acogidas el eximio cantor de nuestras glorias, creo que vi en la penumbra *del salón, en un ángulo obscuro*, con todas las cuerdas tensas y vibrantes, dorada y romántica, un arpa que estuvo medio siglo esperando que una conocida mano nerviosa arrancara de ella las soñadas melodías; por cincuenta años al contemplarla el poeta, una lágrima tembló en sus ojos, por cincuenta años allí estuvo *silenciosa y cubierta de polvo*.

Es este trabajo, una parte del que tengo hecho sobre la iniciación literaria de don Juan Zorrilla de San Martín; fuerzas no me faltan y el sosiego necesario, que recibirá en el estudio de sus obras la memoria de su excelso autor, uno de los mejores poetas en nuestra lengua, el férvido homenaje que puedan tributarle mi admiración y mi constancia. Por hoy, no encontrando otra más alta manera de expresarla, me permitiré hacerlo —y no se tome a osadía, después de recordar tantos de sus versos hermosos— terminando con un soneto que es como la impronta en que mi espíritu ha dejado de relieve el hondo recuerdo que guarda de aquel hombre elegido de la Providencia para galardón de esta patria, y para despertar nuestro asombro haciéndonos comprender hasta donde puede llegar a ser grandeza sublime nuestra pequeñez humana.

DON JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

*Era noble y valiente, noble y bueno
Bueno y celoso de su estirpe hidalga.
Tabaré, libro II, canto II, parte I.*

No eran humos de rey, de rey tenía
Excelsitud en su cordial y llana
Manera varonil, tan castellana,
Tan propia de su alcurnia y su hidalguía.

Dios, Patria, Hogar, en áurea medianía
Los hitos fueron de su fe cristiana.
Su modestia, jamás presunta y vana,
Supo ignorar cual gloria merecía.

Huellas dejó su paso hacia la meta,
Hondas cual las arrugas de su frente,
Profundos signos en que dicen tanto,

De armonías un mundo, era poeta;
Una aureola de luz, era sápiente;
Un halo de perfumes, si era santo.

ROGER D. BASSAGODA

